

"Mire lo que le voy a decir: Es que a lo mejor vas a pedir un trabajo, y por ser gitano ya desconfían; o vas a alquilar un piso, y por ser gitano ya no te lo dan. ¿Y por qué, si somos personas como los demás? Aunque a mí me ha-

yan educado mal mis padres, pero como hoy está la vida mucho mejor, yo prospero para educar a mis hijos mucho mejor todavía que lo que me han educado a mí... Pero, no sé, no sé lo que pasa que está la vida cada día peor".

LLANTO GITANO EN LOGROÑO

GONZALO GOICOECHEA

N en Cáritas —organismo católico de caridad—, ni en el Ayuntamiento, ni ellos mismos saben a ciencia cierta cuántos gitanos hay en Logroño. Unos dicen que si mil; otros, que si mil quinientos; los menos, que si dos mil. Sean los que sean, lo cierto es que no sólo en Logroño, sino en toda la Rioja, siempre hubo muchos gitanos (muchos, claro está, comparados con los de las regiones próximas).

Logroño es una ciudad que ha marginado al Ebro; en lugar de extenderse por sus dos riberas y tender puentes que la embellecieran, los que construyeron el actual casco viejo prefirieron el lado Sur; desde entonces se siguió edificando en esa dirección. Por eso se puede estar varios días en Logroño y no enterarse —de no saberlo— que hay un río, un gran río de amplios márgenes para cuando ha de desbordarse. El desinterés de los hombres ha permitido, en ganancia, una zona de arbolado —chopos casi siempre— que se acerca hasta las viejas casas de la antigua ciudad. Las casas están —muchas— abandonadas y la ruina las amenaza, crece cada día sin que los supuestos planes de salvación frenen su derrumbe. Muchos gitanos se alojan en ellas. Una noche —madrugada del lunes 5 de marzo— una se vino abajo. Murieron nueve personas. Después ocurrió lo que siempre ocurre en estos casos: lágrimas, comunicados, indignación, promesas que serán incumplidas, un parche más que un arreglo, y, poco a poco, el olvido de todo y las enérgicas decisiones del primer momento, guardadas para cuando vuelva a ocurrir —¡Dios no lo quiera!— otra nueva desgracia, que tanto afligirá a todo el mundo.

Unas cuantas familias fue-

ron trasladadas a otras viviendas —igualmente pobres, igualmente hedientas—, porque las suyas corrían peligro. Dijeron que de inmediato comenzarían las obras de casas prefabricadas. La duda entre los gitanos es grande, no ya porque no las vayan a construir, sino porque puede pasar como ya pasó otra vez: hicieron casas para los gitanos y para los pobres; más de la mitad fueron a parar a manos de quien ni era ni lo uno ni lo otro. Como siempre. Como si continuáramos en la dictadura.

Pascuala

En la ligera ladera que desciende hacia el Ebro, las casas se hacen pequeñas y el pavimento desaparece. En la plazuela de San Francisco hay una fila de casitas blancas de corto espacio y poca luz; en el centro, algo que parece una fuente y no lo es. Pascuala toma el sol y aguanta el viento frío rodeada de chiquillos, a los que no hace ni caso; a su izquierda sienta su hija, sobre una caja de cartón desdoblada. La hija mira al vacío siempre y tiene los brazos torcidos y las manos caldas; los labios, incapaces de detener el hilillo de baba que titila cuando el sol le da en la nuca. Pascuala tiene sesenta y tres años, viste toda de negro y cubre su cabeza con un pañuelo, también negro, y ha tenido cinco hijos; uno de ellos murió, tres son hombres, ya casados, y la hija enferma. Madre e hija viven solas sin ningún ingreso. Viven de lo que les dan en Cáritas y de la limosna que piden por las tiendas, los comercios y las farmacias. También piden en el atrio de la iglesia.

—A mí me han visto en la

iglesia todos los domingos y a mí nadie me llama la atención ya... Hombre, el único, el padre Gato, que me decía: "No haga usted esto". "Pues me dé usted de comer y no lo haré", le contesté... Pero, ¿yo qué tengo que hacer? Pues ponerme en la iglesia para que ellos se afrenten más, así se afrentan y nos dan de

en la zona. Aunque reconocen el derecho de todo individuo a vivir donde le plazca, no parece que esta inmigración de los de su misma raza guste a los gitanos de la Rioja: "Cada gitano en su tierra. Como aquí decimos: el caracol, ande nace, paca". A Pascuala tampoco le convence nuevas gentes que para ella suponen nueva



Trini, diecisiete años, un hijo de seis meses, analfabeta: "Ahora estamos arreglando los papeles para casarnos por la Iglesia".

comer al que no podemos ganarlo. Porque yo no puedo ganarlo, y esta pobre criatura tampoco puede ganarlo. El día que pedimos una limosna, pues comemos; el día que no la pedimos, pues no comemos.

Dicen que últimamente muchos otros gitanos llegan con intención de instalarse

competencia: "Vienen a ver si les dan pisos y eso no puede ser, majo. A nosotros se conoce que nos perjudica, claro que sí. Lo primero, mire usted, la Cáritas para tantísima persona no pueden asistir. Mire usted: mi hija y yo, que estamos abandonadas y no tenemos a nadie, porque mis hijos,



Ni en Cáritas, ni en el Ayuntamiento, ni ellos mismos saben cuántos gitanos hay en Logroño. Unos dicen que si mil; otros, que si mil quinientos.



En la madrugada del 5 de marzo, una casa vieja se derrumbó y murieron nueve gitanos. Las primeras ayudas tardaron tres horas en llegar.

los pobres, a mí no me pueden guardar ni me pueden proteger, y las Cáritas, pues a mí me pueden entregar y proteger todo lo que sea, y viniendo tanta gente, a los pobres no les alcanza para nada".

Sólo cinco años ha vivido Pascuala fuera de Logroso. Hace ya mucho tiempo,

cuando estuvo presa. En la cárcel aprendió a leer y a escribir. "Tuvimos unos problemas del padre de mi marido, que le pegaron un palo sobre la parte y le dejaron, que le entró la meningitis y todo. Como estaba borracho el pobre hombre, pues le entró la meningitis, ¿verdad?, y se murió el pobre

sin hablar. Y entonces, al tener esos contrarios, pues yo estuve presa por eso; porque mi marido, que en paz descansa, y dos gentes más bajaron a matar al que mató a mi suegro. Y por eso estuve yo presa".

El piso es la obsesión de los gitanos en Logroño. El piso y el trabajo, que está cada día peor. Suelen trabajar en la construcción y en el campo, como eventuales. Si el paro y la crisis económica afecta a todas las capas sociales, en la comunidad gitana se notan más las consecuencias. "Los problemas que tenemos nosotros es que no tenemos trabajo cuando nosotros queremos, ese es el primero".

Trini

El padre de Trini tiene doce hijos. Ella, al contrario que su abuela Pascuala, es analfabeta. Trini tiene diecisiete años y no se inmuta cuando su abuela la insulta —"¿Esa? Esa es más tonta que Pichote, la pobre..."—, su piel es morena y lleva el

pelo recogido en dos trenzas negras; sostiene un niño con desgana y, apoyada en el quicio de la puerta, su vientre insinúa un embarazo ya ininterrumpible; habla como si tuviera vegetaciones en la nariz y, aunque al principio parecía estar de acuerdo con su abuela cuando pedía dinero por retratarlas, esboza una postura diferente cada vez que sospecha que se va a hacer una foto. Su marido es también gitano y está trabajando en la zanahoria, por la zona de Fuenmayor. En realidad, los moralistas dirían que su marido no es tal, porque no están casados ni por el rito gitano ni por el católico. "Ahora estamos arreglando los papeles para hablar con el cura y casarnos. Por la Iglesia. Los papeles los tenemos ya, ahora hace falta eso..." (entre otras cosas, si no están casados como Dios manda no les dan piso, aunque tengan veinte hijos).

La comunidad conserva los ritos gitanos, pero se están perdiendo poco a poco. En los últimos años se han dado numerosos casos de

LLANTO GITANO

matrimonios mixtos (gitanos con paisanos). La mayoría dicen estar de acuerdo con ello: "Si mi nieta se casa con un paisano que la pueda tener bien, yo, encantada. Si se habría casado con un paisano y la habría tenido bien, y ya no habría tenido que ir a trabajar, y estaría nada más que en su casa sola, pues, yo, encantadísima". El vecino que pasa por allí tiene razones diferentes: "Está mejor la gitana que se casa con un payo que con un gitano. Porque los gitanos somos laicos".

El desamparo gitano es buena tierra de misión para las sectas cristianas. Los pastores católicos están perdiendo ovejas de su redil eclesial: "Ahora estamos muchos reunidos, porque vamos a un sitio que le llaman... que le llaman... ¡eso de Dios!... de culto... eso... En eso sí vamos bien. Porque vamos muchos, todos a la noche, vamos de siete y media hasta las nueve".

Las doctrinas de la nueva secta —Testigos de Jehová— sorprenden la candidez de Trini: "Pues oramos al Señor... Y uno coge la Biblia —que es el pastor— y predica... Dicen que los católicos, los curas, que son demonios; dicen ellos que son demonios. Y que las, que esas cosas que hay en la iglesia, las vírgenes y eso, dicen que no valen para nada, que dicen que, para orar a Dios, no tenemos que tener nada".

María Concepción

No es difícil encontrarse por las calles de Logroño con un carro pequeño, lleno de cachibaches, chatarra, pobres objetos de compraventa. Por la curva en donde empieza la cuesta que termina en el río, baja un carro arrastrado por un burro de pelo oscuro, como marrón; un hombre de edad indeterminada y un muchacho de gesto envejecido vigilan para que no se calga el plano embarrado que a saber dónde lo han consigui-

do. En medio de la plazuela, un grupo de hombres se une a la charla que por la mañana había sido rechazada. Hay también una mujer; se llama María Concepción y lleva el pelo recogido en un moño caldo sobre la espalda; se adorna con un pañuelo blanco anudado sobre el pecho.

María Concepción tiene nueve hijos —el mayor, de treinta y seis años— y 23 nietos; ignora su edad; más de cincuenta, seguro. Se alegra coqueta cuando Francisco —como todos los demás, Jiménez— asegura que no los aparenta. Está de acuerdo con todo lo que dicen los hombres: "Claro que es más difícil encontrar trabajo

ron de nuevo, "pero sin seguros ni nada y a 100 pesetas la hora".

Francisco tiene cinco hijos y treinta y tres años. Trabaja a veces en la construcción y a veces en el campo. No le gusta el trabajo fijo: "Nos encontramos como presos. Además, es preferible el campo, porque trabaja toda la familia: mujeres, hijos y todo el mundo. En la obra no nos pagan ni para comer".

José tiene siete hijos y treinta y cuatro años; vive con su cuñado y con su madre —14 personas en total— en una casa de dos habitaciones y una cocina. Cuando no hay otra cosa, también va

cuando viene el mal. Porque antes no lo miramos". Antes de que la casa de la Ruavieja se desplomara y matara en sus escombros a nueve gitanos, la familia de Pascual vivía en otro sitio. Pero les dijeron que también amenazaba ruina y los trasladaron. Tuvieron que dejar en el piso sus muebles, que ahora no caben en tan reducido espacio como les han dado. Y los chiquillos dejaron de ir al colegio. "Siempre que hemos tenido que ir a votar, hemos votado; y el servicio militar y todo también. Por eso nos tenían que mirar no como gitanos, sino como, ¡quién sabe!, como a todos".



"Claro que es más difícil encontrar trabajo para un gitano que para un paisano. Porque a los gitanos los quieren menos".

para un gitano que para un paisano. Porque a los gitanos los quieren menos".

Pascual tiene veintinueve años y dos largas patillas rizadas y dos largas puntas de bigote retinto que le llegan hasta la mandíbula. "Yo sí sé a la construcción, pero no encuentro trabajo, porque esta muy mal, y, además, con seis chavalicos que tengo, dicen que pagan mucho de seguros". Pascual nació en Logroño, pero ha vivido temporadas en Valladolid, en Madrid, en Zaragoza y en Barcelona; hace un tiempo trabajaba en una empresa de mármoles, pero le despidieron porque era mucho gasto en seguros sociales; hace pocos días lo llama-

da eventual al campo. "En las empresas, a los gitanos no nos aceptan. Porque la mayoría no sabemos trabajar, no sabemos hacer trabajos. Ahora, vagos no se puede decir que seamos los gitanos; el otro día estuve trabajando al sarmiento y le daba a dos peones yo, ya se lo dije al amo. Ahora no hay más trabajador que el gitano".

Cuando sale el tema de los muchos hijos, la mujer de Pascual, en su casa-cuchitril de paredes desconchadas, se muestra contraria a las proles numerosas, aunque ella misma haya parido, hasta el momento, seis veces: "Pues es que verdaderamente no nos damos cuenta más que

Andresa

La casa de Beneficencia era antes también manicomio. Es un caserón grande, de paredes amarillas, con largos pasillos de altas cristalerías en el lado que da al patio, con anchas y livianas escaleras. Hay ancianos deambulantes, que pasean sus enfermechos cuerpo como si fueran robots, sin alegría, sin gesto que delate otra cosa que una desolación irremediablemente aceptada. La casa de Beneficencia, en un remedo del "Cottolengo" turinés recreado por Italo Calvino, sirve como colegio electoral. "Provisionalmente" sirve también para alojar a varias familias gitanas (el primer día llevaron cerca de setenta familias; luego ya quedaron menos de diez).

Andresa y su familia viven en lo que antiguamente fue piso del Jardiner de la institución de caridad pública. Andresa es una mujer ya mayor, pero que conserva firme y recto el cuerpo, revestido de luto; vive con tres hijos y cinco nietos. Los niños, mientras su padre y su abuela hablan, echan trozos de pan en el líquido negro que parece café y, después, se los meten en la boca haciendo ruido, dejando que por las comisuras de sus labios escape el líquido y marque la huella de su paso, confundida con otras anteriores. Dos

chicas, jóvenes pero ya esposas, van de un sitio a otro sin hablar una sola palabra, sin asentir ni negar.

Ninguno de los hijos de Andresa sabe leer ni escribir. Les gustaría, sin embargo, aprenderlo. Pero no se sienten capaces; unas clases nocturnas son duras si no se ha tenido la costumbre: "El que más y el que menos —dice Alfonso— está en su trabajo y no quiere saber nada después de sus trabajos... Yo mismo, si me pusiera eso, iría, sí, yo creo que iría. Pero hasta cierto punto. Yo creo que me cansaría... A mí me gusta mucho estudiar, pero no sé, no me... a este nivel ya no...".

Alfonso —las encías sin limpiar conservan restos de alimentos que rellenan el hueco entre los dientes— es partidario de los matrimonios entre gitanos y no gitanos. También lo es de controlar como sea la natalidad de las familias gitanas. También tiene difícil lo del trabajo. Y también encuentra que los paisanos, que los payos, miran mal —miramos— a los gitanos:

—El trabajo está muy mal en todas partes. Y al gitano le ha de costar mucho entrar en un trabajo. Y según en qué trabajo entre, le han de mirar mucho. Le han de mirar mucho si es buena persona, o es mala; pedirán informes y es un problema para el gitano. Y si le meten en una fábrica, no me diga... Si yo tengo que trabajar con cien señores al lado, estamos entonces revueltos, pues me cuesta mucho hacerme compañeros y hay discusiones y hay cosas y ahí vienen los problemas. El gitano tiene mucho orgullo. Entonces, al tener eso, pierde sus derechos y dice: "¡Ah, pues yo no quiero estar aquí por eso, aunque me muera de hambre, por no aguantarlos!". Yo mismo lo he hecho. Yo lo confieso que lo he hecho. Ahora, es que me miraban mal, ponían reparos en ponerme yo a almorzar con ellos, cosas de esas...". ■ Fotos: HERCE.

La edad instantánea

ESCRIBO sobre los estragos de la retórica de la vulgarización, ese calamitoso procedimiento narrativo capaz de transformar la teoría de la relatividad en un ice-cream y a Einstein en un violinista sobre el tejado, y me acusan de atentar contra los sagrados principios de la claridad del lenguaje por defender la no traducibilidad del discurso de la ciencia o de la filosofía. Hago un rápido travelling por las firmas más leídas y celebradas de nuestro periodismo y escucho la misma monserga normativa cuando de poner los saberes académicos a los pies de los mundanos se trata: hay que escribir como se habla, con naturalidad, sencillez y verosimilitud.

Exactamente lo contrario de lo que algunos opinamos: se habla generalmente para no escribir y se escribe particularmente con artificialidad, complejidad y destrozando siempre que sea posible las aristotélicas reglas de lo verosímil, fundadas, como se sabe, en la moral y el buen gusto imperantes en la ciudad.

No defiendo ni por una línea el derecho a la oscuridad o a lo incomprensible. Sólo denuncio la falacia de la sencillez informativa tal y como es pronunciada por estos alrededores. Entre otras razones, porque tras esta inocente invocación ritual de la naturalidad se esconde una nueva versión de la censura cultural, acaso más eficaz que las otras dos, la política y la económica.

Ahora que la ciencia del lenguaje ha desmontado sin piedad el mito del modelo "natural" de las lenguas descubriendo bajo el orden "lógico" de los enunciados la combinatoria de los posibles narrativos o los tradicionales cánones argumentativos, rastros inequívocos de la historia política, económica y filosófica de la ideología inabundante, nos salen los populistas populares con la cantilena de la naturalidad expresiva. Claros varones de Castilla.

Todo se puede decir siempre y cuando se respeten las dos primordiales reglas del juego: hay que utilizar un lenguaje claro, puro, sencillo, espontáneo y al alcance de todas las lecturas; y por si fuera poco, hay que respetar los ritos sociales de la clasificación, del escalafón, del orden discursivo, de las etiquetas y de las casillas: del enca-

sillamiento de los géneros y del encastillamiento de las generaciones. Son las muy primitivas leyes de la tribu burguesa para preservarse por medio de los conjuros ceremoniales de la claridad y de la clasificación contra los peligros de lo ignorado: también en el occidente industrializado —artificializado hasta los tuétanos— dan-

zamos y cantamos alrededor del totem del lenguaje en el que nos reconocemos para ahuyentar los perversos espíritus de la complejidad cultural.

Están repitiendo las figuras más tediosas y deleznable del mito de la naturalidad tal y como una vez lo inventó Rousseau. Escribir o hablar una lengua de "forma natural" es, sencillamente,

organizar el mundo de una muy determinada manera. Como insiste Barthes, un lenguaje es claro solamente en la medida en que es admitido corrientemente por la sociedad. Cuando es socialmente tolerado.

Criticando estos días las jergas filosóficas y científicas en nombre de la sencillez y los pobres no saben que sus claridades son otras tantas jergas de muy reconocible procedencia y de muy limitados recursos. Y no sólo artificiales ("incluso lo más innatural es la naturaleza", decía Goethe), sino necias: son las expresividades de los niños, de las vírgenes, de los seres primitivos, de los refraneros, de los que carecen de ideas, de los mezquinos. Antes que otra cosa, Copérnico y Bruno, Galileo y Dante, Descartes y Cervantes, Hegel y Racine, Marx y Proust, Freud y Kafka, Einstein y Borges han sido terroristas de la claridad, transgresores del tabú de la naturalidad, subvertidores del principio estúpido de la inmutabilidad del verbo, revolucionarios de ese lenguaje corriente y moliente que ahora y por venganza los quiere encerrar en la cárcel mugrienta de lo verosímil.

Ya lo dije en otra ocasión, pero no encuentro mejor fórmula para resumir esta demagogia de la vulgarización que, en nombre de una determinada jerga, intenta privar de sentido a los lenguajes molestos: las cosas claras y el chocolate espeso. De una filosofía de la vida que postula un pensamiento menos espeso que el chocolate se pueden esperar muy pocas cosas y bastantes churros. ■

CLAROS VARONES DE CASTILLA

JUAN CUETO ALAS